ALMANZOR

mil años de un mito

Un emir da instrucciones a sus soldados, ilustración de *Entretenimiento de califas* (Bib. de El Escorial).

Terror de los cristianos y héroe bendecido por Dios para los musulmanes. A los mil años de su nacimiento en Algeciras, su figura sigue siendo controvertida, porque si bien reforzó el poder árabe en la Península, erosionó la autoridad califal y abrió la puerta que condujo a los reinos de taifas y la desintegración de la España musulmana

El dictador
Laura Bariani
pág. 56

Martillo de cristianos
Julio Valdeón
pág. 64

Algeciras, centinela del Magreb
Antonio Torremocha
pág. 69

Héroe de leyenda
Soha Abboud y Paulina López
pág. 70

A la sombra de un califa niño

EL DICTADOR

Almanzor, el más famoso caudillo del Islam occidental, fue, según **Laura Bariani**, un hábil cortesano que maniobró hasta hacerse con el poder absoluto, escudado tras el trono del minusválido Hisham II

Se cuenta que, en la noche del 30 de septiembre del 976, un meteoro incandescente apareció en los cielos de al-Andalus. Aquella misma noche, una angina de pecho se llevó al otro mundo al Príncipe de los Creyentes, al-Hakam II. Durante los largos meses de su agonía, las riendas del poder habían estado en manos del visir Ya'far al-Mushafî, en general juzgado como un mal gobernante. Sin embargo, lo único que preocupaba a al-Hakam II en su lecho de muerte era el problema de la sucesión. Su hora se aproximaba con paso decidido y morir en plena niñez de Hisham –el hijo que le había dado su favorita Subh– acabaría poniendo en discusión su investidura. Pese a que al-Hakam II había impuesto ya que se le prestara juramento de fidelidad –lo que implicaba su investidura por anticipado– la posición del príncipe Hisham era incierta. En las antecámaras del califa enfermo se discutía sin cesar sobre la sucesión. Nadie tomaba a la ligera lo dispuesto por al-Hakam II, pero muchos cuestionaban que el acta de la jura a Hisham tuviera valor legal. Con tan sólo once años, el hijo del califa no cumplía los requisitos necesarios para acceder al poder que, según la Ley islámica, podía reivindicar cualquiera de los Quraysh –la tribu del Profeta, de la que los Omeyas eran una rama– siempre que fuera adulto. Más aún, el nombre que más se mencionaba como sucesor no era el de Hisham, sino el de su tío, al-Mughîra.

Capitel de los Cuatro Músicos, una pieza representativa de la escultura omeya del siglo X (Córdoba, Museo Arqueológico).

Aún antes de que se difundiera la noticia de la muerte del califa, las facciones más influyentes de su entorno trataron de imponer su propio candidato. Sin contar con el malestar que provocaba la idea de que al-Andalus acabara teniendo un califa niño, se impusieron los partidarios de Hisham, encabezados por Ya'far al-Mushafî. Al-Mughîra fue asesinado sin demora, escarmiento que, seguramente, disuadió a los demás Omeyas de reivindicar el trono. Al mismo tiempo, la Señora Madre, Subh, movilizó ingentes sumas de dinero, que atrajeron a su bando a las personalidades más notables del califato.

Tras una larga ceremonia, el pequeño Hisham se convirtió en el décimo señor de al-Andalus con el sobrenombre de *al-Mu'ayyad bi-Llah* –El que recibe el apoyo de Dios–. Entonces algunos juraron haber visto una columna de luz verde tragarse el meteoro incandescente que, desde la noche de la muerte de al-Hakam, amenazaba la Península.

En 929, el abuelo de Hisham, Abd al-Rahman III, había decidido dejar el título de emir de los anteriores Omeyas de al-Andalus, para adoptar el de califa, de mayor envergadura ideológica. Al mismo tiempo, imitando a los Abasíes y a los Fatimíes –las otras dos dinastías que, en aquella época, se disputaban el derecho al califato–, Abd al-Rahman había asumido un sobrenombre que matizaba el vínculo que, pretendidamente, le unía al Altísimo. Al llamarse "el Victorioso por la Religión de Dios" (*al-Nasir li-Dîn Allah*), quiso subrayar que sus continuos éxitos militares confirmaban el favor que el Todopoderoso otorgaba al poder que tan sólo él ostentaba legítimamente en el mundo del Islam. Su hijo al-Hakam II lo imitó, al proclamarse "Aquel que re-

Laura Bariani es doctora en Historia Árabe, CSIC, Madrid.

Retrato figurado de *Almanzor*, por Francisco Zurbarán (Madrid, col. particular).

Ejército para un caudillo

Para llevar a cabo sus campañas militares, que justificaban su poder a los ojos del pueblo y de los estamentos religiosos, Almanzor reformó el ejército, tratando de controlar a todos sus elementos:

1. Abolió del sistema de *yund*: reparto de las tareas y cuerpos del ejército según su origen étnico o tribal –vigente desde la llegada de los omeyas a al-Andalus– y lo sustituyó por otro que englobaba a todos los elementos de la sociedad –árabes, eslavos (esclavos cortesanos de origen europeo), beréberes (reclutó a muchos como mercenarios, suscitando el recelo árabe), así como esclavos negros traídos del Sudán.

2. Abolición del servicio militar, tanto voluntario como obligatorio, que prestaban los andalusíes, en favor de ese ejército profesional.

3. Abolición del sistema de concesiones territoriales otorgadas a los militares como retribución por sus servicios y su sustitución por la soldada, que se financiaba a través de un impuesto nuevo que gravaba los bienes muebles e inmuebles de los andalusíes; para ello, se hizo un registro detallado de las propiedades y se fomentó la agricultura, a cambio de la exención del servicio militar.

Aumentó la producción de armas y fomentó su evolución (en Sevilla se fabricaban las espadas en Córdoba, los escudos y las adargas, y los arcos, en Medina Zahara).

Supervisaba el suministro de pertrechos al ejército, sobre todo los caballos, de cuya cría en Sevilla y Córdoba exigía rigurosas cuentas; asimismo, solía enviar agentes al Norte de África a comprarlos.

Todo ello le permitió el aumento del número de campañas anuales, ya no restringidas al verano –como indica el nombre de aceifa– sino que se organizaban durante todo el año.

Mejoró los sistemas de ataque y de asedio, animando a los soldados que tomaban parte en los mismos a instalarse definitivamente alrededor del núcleo cristiano asediado –se les daba un sueldo adicional y una tierra para cultivarla– agotando así la resistencia del enemigo. Su campaña contra Santiago de Compostela, con el empleo de la marina en trabajos de suministro, transporte de tropas y asaltos anfibios, es de gran modernidad; su empleo de la caballería, extraordinario. Para este ataque, dispuso de 1.700 caballos, cifra muy elevada en aquella época

Soha Abboud

La Corte de Abderramán III, creador del Califato de Córdoba, según una visión romantica del siglo XIX (Dionisio Baixeras, Universidad de Barcelona).

cibe la ayuda victoriosa de Dios" (*al-Mustansir bi-Llah*). Nombres que exaltaban la victoria en la *yihad*, es decir la lucha contra los infieles, objetivo supremo del jefe de los musulmanes.

El caso de Hisham era más complicado, pues antes de que pudiera guiar a los musulmanes hacia la victoria debía esperar a su mayoría de edad. Presentarle, pues, como nuevo campeón de la *yihad* habría sido un error político; para mantenerle en el trono era más aconsejable limitarse a confiar en el "apoyo de Dios", dejando las victorias para el futuro. Sería otra persona la que se apropiaría, de nombre y de hecho, de la legitimación política que emanaba de la *yihad*: "el Victorioso", *al-Mansûr* en árabe, sobrenombre honorífico que los cristianos malpronunciaron como Almanzor.

La escalada

Muhammad Ibn Abî Âmir –Almanzor– nació alrededor del 939 cerca de Algeciras. En Córdoba estudió para cadí y así entró en el entorno califal, según parece gracias a Ya'far al-Mushafî. Así se le brindó la posibilidad de relacionarse con importantes jefes beréberes y con oficiales del ejército califal de la talla del general supremo Galib. El nombramiento como administrador del pequeño Hisham y de su madre, Subh, constituyó la clave de su escalada al poder. La Señora Subh tenía claro que para sentar a su hijo en el trono y mantenerlo en él, necesitaba que alguien la conectase con el mundo del poder, por lo que convirtió a su servidor Almanzor en su brazo derecho.

Subh, la madre de Hisham, aupó a Almanzor para sentar a su hijo en el trono y se rumoreaba que eran amantes

El joven califa honró a Yafar al-Mushafi, jefe de sus partidarios, con el cargo de chambelán (*hayib*), en la práctica, su propio regente; al mismo tiempo, Almanzor –que se había encargado de sobornar a los notables por orden de Subh, así como de hacer asesinar a al-Mughîra– recibió el rango de visir y una misión de gran provecho: la de mediador entre el consejo de los visires y la Señora Madre, lo que le permitió entrometerse en la gestión del poder. Mientras, empezaron a circular rumores de una relación amorosa entre los dos, tal vez engendradas por sus frecuentes relaciones. Incluso se llegó a decir que Subh no dudaría en perjudicar a su propio hijo con el fin de que su amante se hiciese con el poder. Fuesen cuales fuesen estas relaciones, lo cierto es que Subh y Almanzor compartieron durante muchos años el mismo objetivo: que Hisham continuara siendo el califa.

En 977, grupos de cristianos violaron los territorios musulmanes aprovechando el momento de transición política andalusí; el chambelán (*hayib*) al-Mushafî no respondió con vigor a la crisis fronteriza, decepcionando a muchos. Almanzor, que era ya general, aprovechó este titubeo para medrar: apeló al *yihad* contra los infieles y él mismo acaudillaría la guerra, puesto que el pequeño califa no podía todavía hacerlo.

Aquella campaña unió para siempre el desempeño de las actividades militares de al-Andalus a Almanzor. Sus éxitos, aunque modestos, proporcionaron al amirí el cargo de general supremo de las tropas de la capital y la dirección de toda expedición, junto al renombrado general de las tropas fronterizas, Galib, con cuya hija se casó.

Bote de marfil de al-Mughîra, fabricado en los talleres califales de Córdoba (París, Museo del Louvre).

Encumbrados por sus victorias, los dos generales acordaron eliminar al desacreditado al-Mushafî y hacerse con su poder. Al-Mushafî fue obligado a compartir su cargo con Galib y, poco después, fue arrestado. Almanzor ocupó su puesto, siempre en compañía de Galib. Afianzada la posición de *hayib*, este último volvió a Medinaceli para cuidar los asuntos fronterizos, mientras que su yerno Almanzor se quedó en la capital.

El brazo del califa

Hisham llevaba una vida cada vez más retirada e, intencionadamente, se difundió el rumor de que, aunque el califa

había decidido entregarse al servicio de Dios, continuaría gobernando mediante su único vínculo terrenal: Almanzor. Confirmando aquella escenificación, Almanzor mantuvo intactos los signos exteriores de la soberanía de Hisham II y le atribuyó toda decisión política. Pese a ello, se empezó a comentar en Córdoba que el el *hayib* había convertido al califa en una marioneta, situación a la que algunos intentaron remediar.

A finales de 978, un grupo de dignatarios y ulemas resolvió destronar al califa y sustituirlo por un omeya adulto. La conspiración abortó antes de empezar y comenzó un proceso que dividió a los alfaquíes que tenían que juzgar lo ocurrido. La mayoría consideró a los acusados inocentes, por no haber cometido el hecho; pero, al final, prevaleció la opinión de Almanzor y Subh, quienes impusieron un castigo ejemplar, como aviso para quien no aceptara a Hisham como califa.

Los acontecimientos de 978 habían hecho tambalear peligrosamente el trono, planteando problemas que urgía remediar. Comenzando por la implicación de algunos juristas en la conspiración y por la posición adoptada en el proceso por parte del consejo de los alfaquíes reflejaba claramente la reprobación que éstos sentían hacia la forma de gobierno que se estaba afianzando en al-Andalus. Para

Detalle de un relieve en marfil de la ***Arqueta de Leyre***, de principios del siglo XI (Pamplona, Museo de Navarra).

apaciguar los ánimos y refutar el escaso respeto por la Ley islámica que se le atribuía, Almanzor ordenó que se purgara la famosa biblioteca de al-Hakam, retirando de ella y destruyendo toda obra dedicada a disciplinas mal vistas por los alfaquíes, como Lógica, Filosofía y Astrología.

Como la amenaza de que un omeya intentara adueñarse del poder seguía latente, Almanzor maniobró para cerrar el paso al mayor número posible de omeyas, doblegando sus voluntades y haciéndoles desear tan sólo vivir en paz en sus propias moradas.

Una ciudad propia

Gracias a estas y a otras medidas, Almanzor consiguió reforzar su poder político, pero cuanto más aumentaba éste tantos más riesgos comportaba su situación. Mucho ambicionaban el papel que desempeñaba el amirí, puesto que era cada vez más evidente que Hisham siempre necesitaría a alguien que gobernase en su nombre. Por su parte, Almanzor advertía que no era ni insustituible ni invulnerable. El temor por su vida fue uno de los motivos que le indujo a construir, lejos de los manejos del alcázar califal, su propia ciudad-palacio –al-Madîna al-Zahira, "la Ciudad Resplandeciente"–, donde poco a poco transferiría toda actividad de gobierno. Paralelamente, logró librarse de todos aquellos que ambicionaban su puesto. Lo intentó incluso su hijo mayor Abd Allah. Sin embargo, lo que más necesitaba Almanzor era poder contar con el apoyo de tropas de plena confianza. Por eso, se rodeó de beréberes de reciente inmigración quienes, por no estar directamente implicados en los juegos de poder que se desarrollaban en la Península, le resultaron de gran utilidad. Durante los tres primeros años del califato de Hisham, Almanzor lanzó ocho campañas contra el Norte cristiano. Aquella intensa práctica de la *yihad* tenía el objetivo de lograr mayor consenso y afinar sus conocimientos militares, siendo Galib su maestro por lo menos en dos acciones. Pese a sus esfuerzos, era su suegro Galib quien seguía siendo considerado el héroe de todos los héroes, gracias a su enorme experiencia en la guerra, lo que mantenía a Almanzor en segundo plano y estorbaba sus propósitos ambiciosos. Por su parte, Galib, muy alerta desde que el amirí había contactado con tropas beréberes, estaba seguro de que su yerno pretendería excluirle del poder. La ruptura entre los dos fue inevitable y, tras diversas vicisitudes, en 981 Almanzor venció sorprendentemente a su suegro.

La eliminación de la autoridad moral representada por Galib, allanó el camino de Almanzor hacia el poder absoluto. Es llamativo que la batalla en la que el general encontró la muerte pasara a la historia como la "campaña de la Victoria" y que tras ella Almanzor lograra el sobrenombre de "el Victorioso" (*al-Mansûr*) que glorificaba sus éxitos militares y el papel de baluarte del califato y del Islam que representaría hasta su muerte.

Conspiración femenina

Como único *hayib* de al-Andalus, Almanzor empezó a buscar mayores reconocimientos: el besamanos para él y sus hijos o la emisión de disposiciones en su propio nombre. Se cuenta, incluso, que, en 991, habría consultado a visires y alfaquíes sobre la posibilidad de ser entronizado como califa, una iniciativa que quedó en papel mojado. La arrogancia del amirí acabó por enfurecer a Subh: además de haberla apartado poco a poco del poder, Almanzor estaba anteponiendo sus ambiciones al interés del califato.

En 996, Subh urdió una conspiración para arrebatar el poder al amirí, apoyada por el entorno califal y por adversarios de Almanzor que querían convertirse en los nuevos tutores de Hisham. Fue una crisis muy grave, que convulsionó al-Andalus durante mucho tiempo. En este contexto, Almanzor reafirmó su grandeza y autoridad, infligien-

El rey lee una carta a la reina, miniatura del manuscrito árabe del siglo XIII *Consolaciones en el entretenimiento de Califas* (El Escorial, Biblioteca del Monasterio).

La política

Consciente de su posición de usurpador del poder *de facto* en el Estado califal de Córdoba, Ibn Abi Amir, una vez instalado en las altas instancias de la administración estatal, emprende una política diseñada con dos objetivos típicamente dictatoriales: satisfacer a la calle con medidas populistas y acallar a los detractores con un férreo control sobre el ejército y la aristocracia. Manteniendo, por supuesto, la integridad del Estado, del que se hace responsable por medio de continuas algaras, tanto contra el Norte cristiano como contra la orilla norafricana de signo chií fatimí.

En cuanto pudo manejar algunos hilos, Almanzor eximió a la población del pago de un gravamen sobre el aceite; mandó quemar parte de la biblioteca del califa al-Hakam, que le había facilitado el acceso a la administración, y en 990 incluso participó personalmente de las tareas de ayuda a los que padecieron la hambruna de aquel año. Impuso a los andalusíes que le dispensaran un tratamiento ceremonioso propio de emires y de reyes y mantuvo unas regulares aceifas a los distintos puntos de al-Andalus para mostrar su poderío.

Se hizo legendaria su crueldad con sus detractores, lo que llevó al polígrafo granadino Ibn al-Jatib a decir en una de sus crónicas: "No dejó de paralizar ni una mano de la que sospechase pudiera atentar contra él ni de sacar un ojo que le observase con severa mirada".

Su actuación tomó tres rumbos: la desvinculación del poder ficticio del califa omeya, para lo que construyó su ciudad palaciega, al-Madina al-Zahira, a la que trasladó el tesoro del Estado, en una clara maniobra para suplantar a Medina Azahara e incluso a Córdoba (la capital amirí fue reducida a cenizas tras la rebelión de 1009); el lanzamiento de las algaras contra los cristianos que se hicieron legendarias por sus repercusiones devastadoras y por la precisión de su ejecución; y, por último, el mantenimiento de la autoridad cordobesa en el Norte de África, por medio de campañas militares para hacer frente a los fatimíes chiíes, que buscaban aferrarse al poder para luego saltar a Egipto –donde fundaron El Cairo– y desde allí asaltar el poder abbasí en Bagdad.

(Recuadro elaborado según el libro *Almanzor y su época*, de A. Torremocha y V. Martínez).

El fracaso de Almanzor

En el plano militar, la reforma de Almanzor apenas perduró durante el gobierno de su primer hijo Abd al-Malik –apodado al-Muzaffar, como si de un rey o emir se tratara– y tuvo repercusiones negativas, ya que, para sufragar los inmensos gastos militares, aumentó la presión fiscal sobre la tierra y los cultivos, dando lugar a muchos abusos de los alcabaleros. Esta situación desembocó en un abandono del cultivo de las tierras, elemento económico de primer orden, con el consecuente empobrecimiento de las arcas del Estado y su repercusión en el debilitamiento del ejército. Sin embargo, según el emir zirí, Ibn Bullugin, los reinos de taifas mantuvieron, en su mayoría, ejércitos profesionales, como lo había hecho Almanzor, eximiendo a los andalusíes de la prestación de servicios militares.

En el plano político, Almanzor también fracasó. El equilibrio que había mantenido frente al califa omeya Hisham II, manteniendo su poder formal y reservándose el efectivo –equilibrio seguido por su hijo Abd al-Malik–, se derrumbó a la muerte de éste, en 1008. Su segundo hijo, Abd al-Rahman *Sanchuelo*, que asumió la posición de poder labrada por su padre, logró que el califa Hisham II le nombrara heredero suyo, lo que desató la ira del pueblo y de la aristocracia, cada uno por sus propios motivos. El estallido de la gran rebelión de los cordobeses, en 1009, marcó el final del equilibrio amiri y dio al traste con toda la estructura omeya de un Estado centralizado.

Esta situación, añadida a las debilidades inherentes del Estado omeya árabe en suelo peninsular, además de la naturaleza de al-Andalus como sociedad fronteriza, cuyos enemigos habían empezado a reforzarse, desembocó en un debilitamiento general de la estructura (ver *La Aventura de la Historia,* nº 32, págs. 28-38). Conjugado esto con el poder que habían adquirido ciertos elementos del ejército con Almanzor, se formó el cuadro que iba a significar un nuevo período histórico en la España musulmana, que se conoce con un arabismo "los reinos de taifas" u "organización independiente minoritaria dentro de un conjunto", destinados a pervivir mientras no hubiera un poder aglutinador. Ésta sería la fuerza integradora e integrista almorávide.

SOHA ABBOUD

Cronología

939. Nace Almanzor en las proximidades de Algeciras. El primer amirí en pisar el suelo de al-Andalus participó en la conquista de la Península, recibiendo tierras a orillas del Guadiaro. En la niñez de Almanzor, la familia amirí no era muy acaudalada.
967. Tras estudiar en Córdoba, Almanzor entró a formar parte del aparato administrativo califal. Se le confió el cargo de administrador del príncipe heredero Hisham y de su madre Subh, y el de prefecto de la ceca. Unas misiones en Magreb le proporcionaron la ocasión de estrechar relaciones con jefes beréberes y generales del ejército califal, como Galib. En fecha sin precisar, Almanzor fue nombrado general.

Candil de bronce.

976. Tras la muerte del califa al-Hakam II, estalló la lucha para la sucesión. El partido de los eslavones apoyó la candidatura del hermano de al-Hakam, al-Mughîra, de 27 años. A ellos se opuso la facción encabezada por el visir Ya'far al-Mushafî, que quería instalar en el trono al hijo de éste, Hisham, a pesar de su corta edad. Los partidarios de Hisham asesinaron a al-Mughîra.
976. Hisham, califa de al-Andalus. Ya'far al-Mushafî y Almanzor fueron nombrados *hayib* y visir respectivamente: el uno se convirtió en regente y el otro en el intermediario entre el consejo de los visires y el califa y su madre, Subh.
977. Grupos de cristianos organizaron incursiones en Sierra Morena. Almanzor lanzó una *yihad* contra los infieles. Tras la victoria, fue nombrado general supremo de las tropas de la capital y encargado de organizar las actividades militares de al-Andalus, junto al general de las tropas fronterizas, Galib.
977. A finales de año, Ya'far al-Mushafî fue destituido del cargo de *hayib* y encarcelado. Galib y Almanzor fueron elevados a la función *hayib*. Galib volvió a ocuparse de las fronteras y Almanzor se quedó en la capital.
978. Un grupo de dignatarios y hombres de leyes decidió deponer a Hisham por ser menor. La conjura fue destapada y los cabecillas, ejecutados.
979. Almanzor dio comienzo a la construcción de su ciudad-palacio, cuyo nombre –al-Madîna al-Zahira, la Ciudad Resplandeciente– emulaba el de la califal Madînat al-Zahra'. La ciudad amirí se convirtió en la sede principal del gobierno.
979. Almanzor ordenó censurar la biblioteca de al-Hakam II de toda obra mal vista por el Islam más estricto, para congraciarse con los jurisconsultos.
980. Ruptura de Galib y Almanzor. Éste consideraba que el renombre de su suegro le mantenía en las sombras. Por su parte, Galib acusaba a Almanzor de obrar sólo en su propio beneficio. Puesto que el amirí estaba rodeando de tropas beréberes, Galib estaba seguro de que su intención era borrarle de la escena política. Tras una áspera discusión, Galib intentó asesinar a Almanzor, quien se vengó sa-

Jarra de cerámica verde.

Moneda de época amirí.

queando Medinaceli, hogar del general de las fronteras.
981. Apoyado por el conde de Castilla y el rey de Pamplona, Galib infligió a Almanzor la única derrota que recuerdan las fuentes.
981. En julio de ese año, en S. Vicente, las tropas de Galib y Almanzor volvieron a cruzar las armas. Almanzor logró derrotar a Galib, que murió en la batalla. Tras la campaña, Almanzor obtuvo el sobrenombre de "el Victorioso" (al-Mansûr).
987. Fin de las obras de construcción de al-Madîna al-Zahira, la ciudad de Almanzor. Éste reunió entonces al consejo de los alfaquíes para que autorizaran que la mezquita de al-Zahira pasara a ser Mezquita Mayor, donde se celebraría la plegaria del viernes con el sermón de carácter político. La mayoría de los alfaquíes dictaminó en contra: un parecer favorable habría comportado no la equiparación de Córdoba y Madînat al-Zahra' con la ciudad amirí, sino el reconocimiento de la supremacía de esta última en cuanto sede del poder.
987. Obras de ampliación de la Mezquita de Córdoba.
989. El gobernador de Zaragoza, 'Abd al-Rahman b. al-Mutarrif al-Tuyîbî urdió una conspiración para eliminar a Almanzor, involucrando al hijo mayor del amirí, 'Abd Allah. El complot fue destapado.
991. Según el polígrafo Ibn Hazm, Almanzor consultó el consejo de los visires y de los alfaquíes acerca de su investidura como califa.
Muerte del mayor opositor de Almanzor, el gran cadí Ibn Zarb. El amirí retomó la conversión de la mezquita de al-Zahira en Mezquita Mayor de la capital califal y lo logró.
992. Almanzor empezó a emitir documentos en nombre propio. Por la misma fecha, intentó que a su hijo 'Abd al-Malik se le reconociera oficialmente como heredero de sus cargos de *hayib* y general supremo.
996. La Señora Madre Subh conspiró para acabar con Almanzor. Para ello, sustrajo ingentes sumas de dinero del patrimonio califal. Visires y alfaquíes confiaron a Almanzor la custodia del tesoro privado del califa y Almanzor tuvo en sus manos todos los recursos fiscales de al-Andalus.

Bote de marfil.

997. Campaña de Santiago de Compostela.
997-998. Almanzor se reconcilió con el califa. Hisham II fue reconfirmado en sus funciones a condición de que delegara su poder en Almanzor.
998-999. Muerte de Subh. Para honrar a la Señora Madre, Almanzor gastó una suma superior a lo que habría costado construir tres puentes.
9-8-1002. En el curso de su última campaña contra los cristianos, Almanzor falleció en Medinaceli. Su cuerpo fue sepultado allí mismo, con un ritual que le confirió el estatus de mártir en la senda de Alá. Su hijo 'Abd al-Malik tuvo que recurrir a las armas para imponerse como nuevo *hayib* del califa Hisham.

Laura Bariani

Detalle de la parte superior de la **Puerta de al-Hakam**, en la Mezquita de Córdoba.

do a la Cristiandad, en 997, la mayor afrenta posible: la toma y saqueo de Santiago de Compostela. Su éxito fue completo: poco después se cerró la crisis con la renovación de la investidura como califa de Hisham, bajo la condición de que delegara todo poder en Almanzor; ese acuerdo selló la derrota de Subh, que murió poco después. Desde entonces nada turbó el peculiar equilibrio que se había establecido en la gestión del poder andalusí.

La utilidad de un califa inútil

Antes de fallecer, en agosto de 1002, Almanzor trasmitió a su hijo y heredero, 'Abd al-Malik, su testamento político, en el que puso todo el énfasis en la necesidad de preservar intacta la soberanía de Hisham. Para gestionar el poder, 'Abd al-Malik precisaba, en efecto, el escudo de legitimidad que sólo el califa podía proporcionarle. Eso desataba el odio de los Omeyas contra los Amiríes, que mantenían a Hisham en el trono pese a su ignorancia e incapacidad. Esto último corrobora la sensación de que algo raro pasaba con Hisham. Algunos historiadores se refieren a él como un pobre niño obligado por Almanzor a vivir en completa soledad, lo cual, con el tiempo, habría perjudicado su salud mental. Sin embargo, otros mencionan su frágil constitución, su carácter iracundo, su evidente incapacidad para desempeñar el cargo de califa o sus diversos defectos celosamente ocultados. Por si esto fuera poco, incluso se dice que Hisham creció sufriendo problemas motrices y que tenía la parte izquierda del rostro paralizada; y, también, que había ido perdiendo capacidad intelectual según se fue haciendo mayor.

El califa Hisham estuvo ausente de la vida pública. Sólo salía del alcázar para pasear mezclado con las damas de su harén

A la luz de estas informaciones, la cuestión parece plantearse en dos términos: o bien Hisham sufrió un progresivo aturdimiento a causa del tipo de vida que le impuso Almanzor, o bien éste pudo instaurar una nueva forma de gobierno aprovechando las limitaciones físicas y mentales que padecía el califa. Reconsiderando la historia del período, varios detalles apoyan esta última hipótesis, abriendo nuevas perspectivas sobre la época amirí. Bastará recordar su casi total ausencia de la vida pública, o que –a juzgar por ciertos relatos– Hisham sólo saliera del alcázar disfrazado de mujer y mezclado con damas de su harén, para pasear por calles desalojadas. Medidas como estas parecen encaminadas a suprimir toda imagen pública del califa, tanto más cuanto que su precaria integridad física y mental podía poner en peligro su continuidad en el trono, de la que dependía el poder de Almanzor.

MARTILLO de cristianos

Sus más de cincuenta incursiones, casi todas victoriosas, en la España cristiana crearon en torno a Almanzor una terrorífica leyenda. **Julio Valdeón** analiza esa imagen en las crónicas de la época

El siglo X, en el cual se estableció el califato omeya de Córdoba, fue la época más floreciente de toda la historia de al-Andalus. Los núcleos cristianos del norte de la península Ibérica, por el contrario, pasaron serias dificultades en esa centuria, aun cuando lograran sobrevivir. Durante el califato de Abderramán III hubo enfrentamientos militares entre los cristianos y los musulmanes, por lo general victoriosos para los islamitas, aunque también hubiera algunas victorias cristianas, como la Batalla de Simancas, que fue un triunfo clamoroso del monarca leonés Ramiro II. En tiempos de al-Hakam II, el segundo miembro del califato omeya, los combates tuvieron menor intensidad, si bien los cristianos actuaron en plan poco menos que de sumisión con respecto a los cordobeses. Ahora bien, en las últimas décadas del siglo X, el panorama experimentó un giro espectacular. Los musulmanes llevaron a cabo numerosas razias contra los cristianos, lo mismo en las zonas orientales que en las centrales y las occidentales de la península Ibérica.

A al-Hakam II le sucedió en el califato su hijo Hisham II. Debido a la corta edad con que contaba al acceder al califato, el poder efectivo fue ocupado por un personaje llamado Ibn Abi Amir,

Ciervo de Córdoba, bronce de la segunda mitad del siglo X (Córdoba, Museo Arqueológico Provincial).

miembro de una familia árabe de origen yemení establecida desde comienzos del siglo VIII en la zona de Algeciras. Ibn Abi Amir desarrolló una carrera meteórica en la corte de Córdoba, que culminó con su designación como *hayib* en el año 978. Ibn Abi Amir tenía su principal apoyo en el ejército, que estaba integrado básicamente por soldados beréberes. Simultánamente el nuevo *hayib* adoptó diversas medidas de claro signo populista. En otro orden de cosas es preciso recordar que Almanzor ordenó la construcción del palacio de Medinat al-Zahira, cuya función sería la de ser la sede de la administración central. De esa forma, quedaba deslindado el ámbito del poder efectivo de la residencia califal, el palacio de Medina Zahara.

Un califa decorativo

Así las cosas, Ibn Abi Amir terminó por convertirse en un auténtico dictador, relegando al califa Hisham II a un papel meramente decorativo. Ibn Abi Amir recibió el calificativo de *al-Mansur bi-llah*, lo que quería decir "el victorioso por Alá". De ahí deriva el nombre de Almanzor, con el que fue conocido por los cristianos de Hispania.

Pero lo más sorprendente de Almanzor fue la puesta en marcha de una interminable serie de campañas militares contra los cristianos del Norte peninsular. Casi todos los años fueron testigos de los ataques del dirigente islamita. Su última acometida tuvo lugar en el año 1002, en el cual Almanzor destruyó el monasterio riojano de San Millán de la Cogolla. Mas al regreso de esa campaña, Almanzor no sólo sufrió una derrota, la de Calatañazor, sino que falleció en las proximidades de la localidad de Medinaceli. Dicho suceso tuvo lugar en la noche del 10 al 11 de agosto del citado año de 1002. La muerte del *hayib* cordobés supuso un respiro para los cristianos de Hispania.

Santiago ayuda a los cristianos en la **Batalla de Clavijo** (panel de madera de Paolo Sanleocadio, Iglesia arciprestal de Villarreal, Castellón).

¿Cómo veían los cristianos de las tierras hispanas a Almanzor? En principio, la imagen ofrecida por las crónicas de la España cristiana era bastante dura acerca del *hayib* cordobés. La *Historia Silense*, por ejemplo, lo presenta como *omnium barbarorum maximus*, es decir el mayor de todos los bárbaros. Eso no obsta, sin embargo, para que en otras fuentes cronísticas encontremos referencias positivas acerca del personaje que nos ocupa. La *Primera Crónica General de España*, por acudir a un testimonio que nos parece significativo, afirma que Almanzor "era omne muy sabio et muy atrevido et alegre et franque". Esa misma crónica dice, líneas más adelante, que Almanzor "era muy esforzado et de gran coraçon". Rodrigo Jiménez de Rada, más conocido por El Toledano, señala que el término Almanzor significa "defensor" y "defensa", "ello porque se defendió a sí mismo y a los suyos con éxito y valor en enormi-

Julio Valdeón Baruque es catedrático de Historia Medieval, Universidad de Valladolid.

Las campañas militares de "El Victorioso"

La mayoría de las fuentes árabes señala que Almanzor realizó más de cincuenta aceifas o campañas, exactamente cincuenta y seis, lo que significa un promedio de dos y media por año. Las tres primeras aceifas tuvieron como objetivo Baños de Ledesma, Cuéllar y Salamanca y se realizaron en un mismo año (977). La primera duró cincuenta y tres días en pleno invierno y, aunque el objetivo era el castillo de Baños de Ledesma, en la provincia de Salamanca, Almanzor sólo pudo tomar su arrabal, regresando a Córdoba con dos mil cautivos y un gran botín. En la segunda campaña (mayo-junio 977), Almanzor penetró en territorio cristiano con la ayuda de Galib y de sus fuerzas, que se le unieron en Madrid, y conquistaron el castillo de Cuéllar. La tercera campaña duró treinta y tres días y se celebró poco antes de su matrimonio con Asmâ, hija del general Galib. Almanzor salió de Córdoba el 18 de septiembre de 977 y se encontró con su suegro en Toledo; después de tomar varios castillos, el ejército omeya saqueó los arrabales de la ciudad de Salamanca y regresó a su capital el 20 de octubre.

En el año 978 Almanzor realizó dos aceifas, la cuarta y la quinta. En la cuarta campaña, primera expedición que dirigía como *hayib*, penetró por tres puntos diferentes en territorio enemigo desde el reino de Pamplona hasta Barcelona, estableciendo su campamento en las proximidades de Zaragoza. La quinta, según el geógrafo e historiador al-Udrí, duró treinta y seis días y fue dirigida a Ledesma (4 octubre-5 noviembre) y se dice que en ella fue derrotado Borrell, "rey de los francos", aunque es posible que se confunda con la campaña anterior.

Al año siguiente, el infatigable Almanzor dirigió personalmente tres expediciones: la sexta fue a Ledesma por segunda vez (mayo 979), incendiando por el camino Zamora y regresando a Córdoba con trece mil cautivos. La séptima tuvo como objetivo Sepúlveda, cuyo término devastó, causando muchas bajas al enemigo tras treinta y cinco días de campaña (28 julio-31 agosto). La octava fue la de Algeciras, a finales de año.

Ya en 980 tuvieron lugar dos aceifas. La primera es denominada por al-Udrí la aceifa "de la Traición", porque su suegro Galib le atacó a traición en el castillo de Atienza, donde le había invitado a un banquete, hiriéndole en la mano y en la sien. No obstante, Almanzor penetró en el condado de Castilla y se apoderó de Medinaceli, donde residía la familia de Galib. En otoño emprendió la décima campaña a la al-Munya, lugar no identificado todavía y que podría tratarse de La Almunia de Doña Godina, en la provincia de Zaragoza, o de Armuña de Tajuña, en Guadalajara.

Las tres campañas siguientes fueron emprendidas contra el general Galib y las fuerzas de coalición cristiana. La undécima tuvo lugar en Canillas de Toledo en pleno invierno (febrero-marzo 981) y duró veintinueve días. En la duodécima, Galib derrotó completamente a Almanzor con ayuda cristiana e incluso hizo prisioneros a algunos visires. La decimotercera se desarrolló en San Vicente o Torrevicente y se conoce como la de la "Victoria" porque en ella murió Galib. El *hayib*, después de ocupar Calatayud y Atienza, regresó victorioso a Córdoba y no tuvo reparo en mostrar a su esposa la cabeza de su padre. Ella se mostró impasible y dio gracias a Dios por la muerte de un traidor.

Desembarazado de Galib, Almanzor tuvo tiempo y energías para dirigir ese mismo año dos nuevas aceifas. La decimocuarta fue contra Zamora y la decimoquinta contra Trancoso, pocos kilómetros al norte de Guarda, en Portugal.

A partir de esta aceifa, Almanzor emprendió otras cuarenta más, en las que atacó con fuerza los centros neurálgicos de los reinos cristianos del Norte: León, Simancas, Salamanca, Zamora y Barcelona, que fue incendiada el 6 de julio de 985. Almanzor utilizó para esta campaña un gran ejército que saqueó la ciudad de Barcelona. Posteriormente tendría lugar la aceifa "de las ciudades" (Salamanca, Alba de Tormes, León y Zamora) en verano de 986, y en 987 el ejército de Almanzor tomaba Coimbra.

A partir de 990, los ejércitos de Almanzor ejercían un auténtico protectorado sobre los reinos cristianos e intervenían en sus asuntos internos. En el año 994, instigado por Almanzor, Sancho García se sublevó contra su padre, el conde de Castilla, Garci Fernández. El ejército cordobés tomó una vez más San Esteban de Gormaz y Clunia, pero Garci Fernández no se dio por vencido y atacó la zona de Medinaceli. El 19 de mayo de 995 era capturado junto al río Duero y llevado a la capital de la Frontera Media, donde murió a los pocos días.

En el verano de 997 se llevó a cabo la aceifa de Santiago de Compostela, la más espectacular campaña de Almanzor, por su resonancia en el mundo cristiano. Fue la número cuarenta y ocho y en ella arrasó la ciudad y destruyó el monasterio, pero respetó la tumba del apóstol Santiago. El desarrollo de esta aceifa, que se conoce por el detallado relato transmitido por Ibn Idârî en su *Bayân al-Mugrib*, muestra una perfecta táctica militar en la que Almanzor combinó los ataques terrestres con los de la infantería transportados por la flota –punto fuerte en las fuerzas andalusíes–: ambas fuerzas se encontraron en el puerto atlántico de Alcacer do Sal, desde donde la infantería siguió su camino hacia el norte, después de cruzar el río Duero. Almanzor regresó victorioso con muchos cautivos, con las campanas del monasterio, que fueron emplazadas en la Mezquita Aljama de Córdoba, y las puertas de la ciudad de Santiago, que se usaron como artesonado de las nuevas naves de la Mezquita, cuya ampliación había iniciado diez años antes.

La última campaña de Almanzor, con sesenta y dos años y gravemente enfermo de artrosis o dolencia parecida, tuvo lugar en el verano de 1002. Atacó Canales y saqueó un monasterio que Dozy identificó con San Millán de la Cogolla. Al regreso de esta expedición se agravó su enfermedad y murió camino de Medinaceli, el 9 de agosto de 1002. La tradición cristiana ha relacionado esta aceifa con una derrota sufrida por Almanzor en Calatañazor (Soria), siendo los cronistas Lucas de Tuy y el arzobispo de Toledo, ambos del siglo XIII, los primeros que registran esta derrota.

Laura Chamizo González
Universidad Complutense

Desde 990, Almanzor ejercía casi un protectorado sobre los reinos cristianos

dad de batallas". Este cronista afirma, en otro pasaje de su obra, que Almanzor "era persona juiciosa, valerosa, alegre y generosa" y que uno de sus objetivos era caer simpático a los cristianos. En cualquier caso, sigue diciendo Rodrigo Jiménez de Rada, Almanzor "era amadísimo por los suyos, hasta el punto de que todos se desvivían espontáneamente por servirle".

La visión ofrecida por las crónicas cristianas a propósito de los ataques militares de Almanzor es siempre negativa. Por de pronto, es muy frecuente el uso del término "bárbaro" para referirse al dirigente musulmán. Veamos lo que se escribió sobre el ataque a la ciudad de León, cuando era monarca de aquel reino Vermudo II. Rodrigo Jiménez de Rada, en su obra *De rebus Hispaniae*, indica que Almanzor, una vez ocupada la ciudad de León, "ordenó que fueran demolidas hasta sus cimientos las puertas de la ciudad, que era una hermosa obra de mármol, el fortín central, la muralla de la puerta este y los demás torreones". A continuación, sigue diciendo ese cronista, el *hayib* cordobés "tomó Astorga e hizo desmochar los torreones". Posteriormente "arrasó Coyança, Sahagún y otros muchos lugares". En definitiva, Almanzor no sólo conquistaba villas y ciudades a los cristianos, sino que procuraba destruirlas hasta sus cimientos. Tras esas acciones, Almanzor "volvió a su tierra altanero por el boato y el orgullo". No es extraño que, unas líneas más adelante, Rodrigo Jiménez de Rada afirme que el panorama de la España cristiana de aquel momento era tan desastroso que recordaba las calamidades de la época del monarca visigodo Rodrigo, cuando tuvo lugar la invasión musulmana.

"Y siempre vencía"

Las tierras de Castilla también sufrieron las terribles acometidas de Almanzor. Recordemos, a este respecto, lo que cuenta la *Primera Crónica General de España*, en alusión a las correrías del *hayib* cordobés por la zona de Osma y Atienza: "Sacó de cabo Almançor su hueste; et fue correr tierra de Castiella, eta priso Osma et Alcobiella et Valeranica et Atiença et derribólas todas de cimiento". En definitiva, hacía ya varios años que Almanzor "diera guerra a cristianos et les crebantara las tierras e les fiziera mucho mal et mucho danno, et metiera muchos logares so el su sennorio, et siempre vencie et tornava onrrado". ¿Era posible un panorama más desolador que el que refleja este texto?

No muy diferente es el panorama que se ofrece en las fuentes cristianas al aludir a las campañas militares de Almanzor en las zonas orientales y occidentales de la Península. En la expedición que concluyó con la entrada en Barcelona, acontecimiento que tuvo lugar el día seis de julio del año 985, las fuentes indican que el dirigente musulmán "expugnó Barcelona, la arrasó e hizo caer sobre sus habitantes toda suerte de desgracias". Almanzor, leemos en otra crónica de aquel tiempo, "devastó ciudades

Infante omeya, con cota de malla, escudo de madera y yelmo de bronce y hierro.

Guerreros hispano árabe y cristiano de mediados del siglo XI.

y castillos y despobló la tierra, llegando hasta las partes marítimas occidentales de Hispania". Pero quizá el referente más importante de todos los conservados es el que alude a la expedición del caudillo militar cordobés contra la ciudad del Apóstol. Después de avanzar por la costa de Portugal, en donde, según la versión del cronista Lucas de Tuy, "non fue cibdad nin guarniçion que se le pudiese resistir", avanzó hacia Compostela. Los daños que ocasionó en aquella urbe el *hayib* cordobés fueron cuantiosos. Sigamos leyendo a Lucas de Tuy: "Destruyó la çibdad y la yglesia donde está enterrado el cuerpo de Santiago...y quebrantó las yglesias y los monesterios y los palaçios y con fuego los quemó". Incluso, al decir de la *Primera Crónica General de España*, en la catedral compostelana "tomó las campanas menores, et levólas consigo por sennal del vencimiento que avie fecho, et pusolas por lampadas en la mezquita de Córdoba".

De todos modos Almanzor recibió un serio aviso en la ciudad del Apóstol. Cuando se acercaba al sepulcro de Santiago, con la intención de destruirlo, fue "espantado de un relámpago", dice el Tudense, o "por un gran rayo", según la *Primera Crónica General de España*. Así las cosas, Almanzor se retiró, dejando la tumba intacta. Por si fuera poco, siguen diciendo las crónicas mencionadas, el Señor acudió en socorro de los cristianos, lo que se tradujo en "diarrea y disenteria en el vientre de los moros". Muchos combatientes musulmanes perecieron, lo que forzó a Almanzor a retirarse. Los cristianos aprovecharon esa circunstancia para causar más destrozos a las huestes islamitas. El rey Vermudo, nos dice la *Primera Crónica General de España*, "envió muchos omnes de pie a las montannas do se alçaran aquellos enfermos et los flacos daquella hueste de Almançor, et matarónlos todos quantos fallaron".

En Santiago de Compostela, Almanzor saqueó iglesias y monasterios, pero respetó el sepulcro del Apóstol

Derrota en Calatañazor

El tono de las crónicas cristianas cambia rotundamente cuando se refiere a la derrota y muerte de Almanzor. No cabe duda de que la victoria de Calatañazor, hecho de armas que supuso el final del *hayib* cordobés, ha sido a todas luces magnificada. "En el lugar que se dize Calatanasor muchos millares de sarracenos cayeron, y si la noche no cerrara el día, ese Almançor fuera preso", nos dice Lucas de Tuy. Este mismo cronista trae a colación la noticia de que un pescador andaba clamando, por las riberas del Guadalquivir, la conocida frase de que "En Calatanaçor perdió Almançor el atambor", lo que quería decir que había perdido "el pandero, que es su alegría", pero también "su brio et su loçania", dice la *Primera Crónica General de España*. El Tudense sigue diciendo que el diablo lloraba, obviamente por la derrota de los musulmanes. A partir de esa fracaso militar Almanzor "nunca quiso comer nin bever, y veniendo en la çibdad que se dize Medinaceli murió". Jiménez de Rada, por su parte, pone de manifiesto que el dirigente musulmán, al comprobar la derrota sufrida por sus gentes, "no se atrevió a reanudar el combate a la mañana siguiente, por lo que huyó de noche, y al llegar al valle de Bordecorex, expiró abatido por el dolor, y fue llevado a Medina, la llamada Celi". "In inferno sepultus est", o sea "Fue sepultado en el infierno", dirá, por su parte, refiriéndose a Almanzor, la *Historia Silense*.

Así pues Almanzor había sido temido, a la vez que respetado, pero su desaparición fue recibida con gran alivio por los cristianos. ¿No se ha presentado a Almanzor como el símbolo de los terrores que supuestamente acompañaron a los años finales del primer milenio de la era cristiana?

Algeciras, centinela del Magreb

Almanzor nació en el 939 en la aldea de Turrus, situada en el valle del río Guadiaro, circunscripción de Algeciras. A los 16 años, una vez muerto su padre en el transcurso de la peregrinación a La Meca, marchó a Córdoba, donde le acogieron unos tíos suyos. Pero siempre mantuvo relaciones con Algeciras, que fueron más allá de la de haber sido su ciudad natal. Durante su mandato, la ciudad alcanzó notable importancia como base de operaciones desde donde se organizaban las campañas militares desarrolladas en el Magreb.

Coracha del Castillo de Algeciras, en una fotografía de principios del siglo XX.

Almanzor edificó un palacio en el lugar más elevado de la medina, que recibió el nombre de la *Hayibiyya* o "Mansión del *Hayib*". En este alcázar pasó largas temporadas, dirigiendo las operaciones militares del otro lado del Estrecho. Fue también mecenas de las artes y las letras, reuniendo en su entorno a los poetas más sobresalientes de su tiempo, entre ellos el algecireño Abu Marwan al-Yaziri, que gozó de la confianza de Almanzor y ejerció el cargo de secretario personal del *hayib*.

Puerta de África

La ciudad se vio favorecida por la política norteafricana de los amiríes, adquiriendo un notable desarrollo demográfico con la ampliación del arrabal de Las Atarazanas, y económico, convirtiéndose en el puerto de enlace por excelencia con el Norte de África.

Desde los tiempos de Abderramán III, que se proclamó califa en 929, los árabes de la Península iniciaron una política expansiva en el Magreb, motivada entre otros factores por el protagonismo de las ciudades costeras norteafricanas en la recepción y distribución del oro subsahariano y por las importantes relaciones económicas entre ambos lados del Estrecho.

Usando como base Algeciras, Almanzor continuó esta línea intevencionista para mantener el dominio hispano en África. En 979, Almanzor envió un ejército a Ceuta, para apoyar a los emires zanatas frente a la agresión del emir zirí de Ifriquiya, Bullugin, que se había apoderado de Fez. La intervención de Almanzor, que permaneció un año en Algeciras, logró la retirada de Buluggin.

En 985, Almanzor regresó a esta ciudad para dirigir desde ahí una campaña contra el idrisí Ibn Qannun, que, apoyado por los fatimíes, estaba sublevando tribus bereberes hasta entonces aliadas de los omeyas. Las tropas de Almanzor controlaron la situación en dos meses y capturaron a Ibn Qannun, que fue degollado camino de Córdoba. Tras este episodio, los idrisíes de Marruecos perdieron la esperanza de desquitarse del dominio cordobés y se sometieron al régimen omeya. Muchos pasaron a España y se incorporaron a los contingentes magrebíes del ejército regular. En 996, el gobernador nombrado por Almanzor, Zirí Ibn 'Attiyya, se rebeló, lo que motivó el envío de un nuevo ejército que le derrotó dos años después.

Pila árabe del siglo XI, con dos guerreros a caballo (Játiva, Museo Municipal).

Almanzor regresó de nuevo a Algeciras en 998, para pasar revista a las tropas dirigidas por su hijo 'Abd al Malik, que marcharon contra los rebeldes y entraron triunfalmente en Fez. Su padre le nombró gobernador de todo el Magreb, donde restableció el orden. Durante los años siguientes, los tributos llegaban regularmente a Córdoba y el oro subsahariano fluía regularmente por las vías tradicionales de Sur a Norte. La relación de subordinación se mantuvo hasta la extinción formal del califato de Córdoba.

Estudios andalusíes

La ocasión del milenario de su muerte ha despertado el interés por estudiar el pasado medieval de Algeciras, que espera convertirse en los próximos años en uno de los principales centros de estudios históricos andalusíes de España y ciudad clave en la recuperación del patrimonio histórico-arquitectónico islámico. La primera de estas iniciativas es la convocatoria de un Congreso sobre la figura del caudillo musulmán, de 29 de noviembre a 1 de diciembre de 2002. En *Almanzor y su época*, profesores de universidades españolas, francesas y marroquíes abordarán la actuación de Almanzor en el Norte de África y el papel que desempeñó Algeciras como centro de operaciones militares.

Antonio Torremocha Silva
(Director del Museo Municipal de Algeciras)

Para árabes y cristianos, héroe DE LEYENDA

Caballero perfecto para unos, diablo para otros, **Soha Abboud** y **Paulina López** señalan que las crónicas le ven positivamente, sin olvidar su responsabilidad en el eclipse califal y en la destrucción de la biblioteca de al-Hakam II

Almanzor le usurpó a Hisham su puesto debido a su minoría de edad, gobernó despóticamente, engañó a los altos cargos y mató a todo el que se interpuso en su camino". Esta es la negativa valoración que de Ibn Abi Âmir, apodado al-Mansur o Almanzor, hizo el famoso historiador y pensador Ibn Jaldûn (m. 1406), autor de los *Prolegómenos*, en su tratado de historia general. Calificó a Almanzor de arribista, ambicioso y mentiroso porque, de hecho, su ascenso al poder como gobernante todopoderoso –sin llegar a ostentar el título de califa, cuya legitimidad disfrutaban los omeyas por ser descendientes de la misma tribu que el Profeta–, supuso el comienzo del fin de esta dinastía que había gobernado al-Andalus desde el año 750; su acceso al liderazgo de la esplendorosa España musulmana del siglo X significó el comienzo de una nueva era, la amirí, cuya política, en muy pocos años, condujo al estallido de la "Gran Rebelión" en Córdoba, en 1009, a la guerra civil, a la desintegración y caída del califato de Córdoba y, por fin, a la consagración de los dispersos reinos de taifas en 1031.

La valoración negativa de Ibn Jaldûn sobre Almanzor es casi única, porque

Vista parcial del **Salón Rico** del palacio de Medina Zahara, donde residía el poder califal en el siglo X.

la tónica general en las fuentes historiográficas árabes –la mayoría habla de Almanzor– desde sus propios contemporáneos hasta los autores del siglo XVII, ha sido muy favorable al caudillo algecireño. ¿Ocurrió esto porque Ibn Jaldûn reflexionó sobre los acontecimientos políticos que analizaba en su tratado, despegándose de la única fuente contemporánea de Almanzor, la del cordobés Ibn Hayyan, de la que todos los restantes historiadores tomaron la información que transmitieron en sus recopilaciones? Así debió suceder, pero lo cierto es que la opinión negativa de Ibn Jaldûn no dejó huella en la Historia: tanto para musulmanes como para cristianos, Almanzor ha pasado a la Historia como un triunfador, como un mito, una leyenda que humilló a los enemigos del Islam, infligiéndoles grandes derrotas.

Panegíricos en verso

Véanse los versos de Ibn Darray (m. 1030, en Zaragoza), poeta de origen beréber que trabajó en la corte de Almanzor como panegirista y que legó a la posteridad la imagen del luchador por el Islam, la figura brillante y siempre victoriosa que ha perdurado entre los árabes. Los declamó ante su mecenas para felicitarle por su sonada victoria en Santiago de Compostela, batalla a la que quizás asistió el propio poeta; de hecho, fue testigo presencial de muchos acontecimientos militares, lo que confiere a sus poemas cierta importancia como fuente histórica:

"Hoy Satán ha faltado a sus promesas con nuestros enemigos, abandonándoles a su suerte.

Y los partidarios del politeísmo [los cristianos], estén en Oriente o en Occidente, ya están convencidos de que su creencia sólo es obra de Satán.

En Santiago, en cuanto entraste con las espadas relucientes como la plena luna que se pasea entre las estrellas,

Un elefante en una expedición militar, según ilustración de un manuscrito árabe del siglo XIII (Biblioteca de El Escorial).

Echaste abajo todos los fundamentos de esta supuesta religión que bien basados parecían.

.....

Pues Dios te ha recompensado, oh "Victorioso con la ayuda de Alá", oh "Almanzor", con su religión que con tanto ahínco defendiste...

.....

Que este día de gloria se enorgullezca de ti, oh Almanzor, y que todo el pasado, con el día de hoy, te honren para siempre".

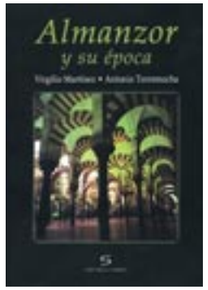
Sin embargo, la victoria de Almanzor y el paso de su figura a la Historia no se limitó a sus éxitos militares. Era, sobre todo, un personaje que respondía a los parámetros del típico héroe árabe. En la literatura árabe clásica, cuando se habla del poeta "por excelencia" surge un solo nombre, al-Mutanabbi (m. 965), conocido por su panegírico al príncipe sirio, Sayf al-Dawla al-Hamdani. Éste se había granjeado la admiración del poeta y encendió en él las más vivas fuentes de inspiración que suscitaron los más bellos versos. En él se aunaban los principales rasgos de un héroe árabe digno de ser alabado: el puro origen árabe que garantizaba la caballerosidad en el trato, el valor en la guerra, la mesura en el juicio y la generosidad. Estos son precisamente los rasgos que resaltan en la caracterización de Almanzor.

El origen árabe de Almanzor –dudoso históricamente– fue puesto en valor en las crónicas y en los versos de su panegirista. Descendiente de una tribu ye-

Soha Abboud Haggar es arabista en la Universidad Complutense, Madrid.
Paulina López Pita es profesora titular de Historia Medieval, UNED, Madrid.

Almanzor en las librerías

Al amparo del primer milenario del gran caudillo andalusí, cénit militar y ocaso del Califato, hay en prensa o acaban de editarse varias obras. Una de las que aparecerá próximamente es la de Laura Bariani, *Almanzor*, Ed. Nerea, Ondarribia. Pero ya en las librerías está *Almanzor y su época,* de Virgilio Martínez Enamorado y Antonio Torremocha Silva. Se trata de una interesante obra de divulgación dedicada a conmemorar el milenio de la muerte del caudillo, acaecida el 9 agosto de 1002. El libro se estructura en dos ejes. El primero consiste en un encuadramiento del mundo que vivió Almanzor; así, los autores hacen un un rápido recorrido por las siete décadas largas que transcurren entre la proclamación del Califato de Córdoba, en 928, y su muerte, aportando referencias fundamentales sobre la sociedad, la estructura del Estado y el funcionamiento del aparato administrativo califal, etcétera. El segundo se ocupa de las realizaciones de Almanzor, siempre muy relacionado con el engranaje general de la época, en lo que se refiere al ejército, la defensa y su política, tanto hacia el Norte cristiano como hacia el Sur magrebí. Aparte de la sucinta descripción de la realidad andalusí y del perfil político-militar del personaje, lo que más destaca es el rico aparato bibliográfico que lo convierte en un buen instrumento para posteriores ampliaciones. Por medio de esta bibliografía, los autores exponen con detalle, tanto las fuentes –árabes y europeas– a las que dedican la primera parte del libro, como los estudios especializados actuales sobre Almanzor y a su época, con los que refuerzan cada una de las otras dos partes de su obra. Sólo se añora un contraste más fuerte de Almanzor sobre el fondo de su época, pero tal vez esta ausencia se justifica por la brevedad característica impuesta por la editorial a esta colección, cuyo objetivo primordial, según sus editores, es la divulgación de la Historia de la España musulmana ,"lejos de las viejas concepciones maniqueas".



Soha Abboud

Martínez Enamorado, V. y Torremocha Silva, A., *Almanzor y su época*, ed. Sarriá, Málaga, 2001, 197 págs. 11,75 €.

Dos personajes dialogan animadamente, en un **manuscrito árabe** del siglo XIII que se conserva en la Biblioteca de El Escorial.

Almaizar del califa Hisham II, con bandas epigráficas (Madrid, Real Academia de la Historia).

Un sabio lee para el califa, en una ilustración de *Consolaciones para entretenimiento de Califas* (El Escorial, Biblioteca del Monasterio).

mení, su antepasado había llegado con Tariq, el conquistador beréber de la península Ibérica en el año 711. Así lo confirmó, entre otros, Ibn Jaldún que añadió: "Por ello, le había sido encargada la educación del futuro califa Hisham" –circunstancia que aprovechó para entrar en palacio–. Ibn Darray cantó en sus versos ese origen, en un poema en el que le felicita por sus dos hijos:

"... [son] *Lo mejor que han dado los antepasados del Yemen, un Yemen glorioso gracias a su tribu de Maad;*

Heredaron el orgullo de ser generosos, calidad que nació con los de la tribu de Tayyi' (tribu de la parte oriental de la península Arábiga)*;*

Y son los herederos que fueron perdonados en la batalla de Badr y son los virtuosos que participaron en la batalla de Ubud (batallas que emprendió el Profeta)".

El valor de Almanzor en la guerra y su decidida defensa de las tierras del Islam se evidencian en sus 56 campañas militares contra los cristianos. Para los cronistas árabes, entre otros Ibn Idhari al-Marrakushi (principios del XIV), "Almanzor fue el único caudillo árabe que se había atrevido a llegar hasta el corazón mismo de las tierras cristianas, hasta Santiago de Compostela". Pero no sólo contra los cristianos mostró Almanzor su celo protector y difusor del Islam, sino también en su política militar en el Norte de África, continuadora de la de los omeyas cordobeses; así, no dudó en cruzar varias veces el Estrecho para hacer frente al avance fatimí chií y sus aliados magrebíes y consolidar las posiciones andalusíes en la región.

En el mismo sentido del perfecto cumplimiento de su deber en *al-Yihad*, las fuentes destacan que, cuando Almanzor volvía de sus aceifas, no disfrutaba del descanso merecido sin antes haber llamado a su presencia al jefe de las yeguadas reales, cargo muy relevante en el Estado andalusí, para preguntar por la marcha de los establos –dada la importancia del caballo en la guerra y la necesidad de asegurar el suministro constante a sus ejércitos, además de la especial relevancia de los equinos en el contexto islámico por las directas menciones que de ellos hizo el Profeta– y al encargado de las construcciones para saber el estado de las murallas, los edificios, sus palacios y sus casas. En ese apartado administrativo, las fuentes recuerdan el cuidado que prestaba Almanzor personalmente a la siembra de grandes extensiones de cebada para sus caballos.

Generosidad y tolerancia

Las crónicas también recuerdan el buen juicio, la generosidad y la magnanimidad que deben caracterizar a todo caudillo. Se repiten las escenas de tolerancia, justicia y altruismo. Es muy reveladora la anécdota transmitida por Shala, un allegado de Almanzor, que recogió el cronista magrebí, al-Maqqari, de Tremsén, en su crónica *El aroma de los perfumes*. Una noche, Shala, al ver que el caudillo permanecía despierto a altas horas de la madrugada, le dijo: "Nuestro jefe ha tardado mucho en irse a descansar y él sabe lo que esto significa de cansancio y de nervios", a lo cual Almanzor contestó: "El rey no duerme si duerme su pueblo, porque si yo durmiera todo lo que necesita mi cuerpo, no habría podido pegar ojo ninguno en este magnífico país".

Aparte de todas estas cualidades atribuídas desde siempre a Almanzor, destacó otra, guinda de las virtudes resaltadas por la literatura clásica árabe para sus grandes personajes: el amor por el arte y la ciencia y sus donaciones sin tasa a poetas, escritores, cantantes y tertulianos, que amenizaban las veladas literarias tan en boga a finales del siglo X, desde Bagdad a Córdoba. Al-Humaydi (m. 1095), autor andalusí de un famoso diccionario biográfico, resalta que Almanzor "amó la ciencia, se dedicó a la literatura y agasajó a quienes se dedicaban a ellas y las enseñaban". Las crónicas recogen versos compuestos por el propio guerrero, ensalzando sus méritos personales y militares.

Almanzor celebraba cada semana una velada literaria y era muy exigente a la hora de aceptar poetas en su círculo

La información de las crónicas va más allá, al referirse a la afición literaria de Almanzor. Gracias a al-Humaydi, se sabe que "celebraba todas las semanas, en un día concreto, una velada en la que reunía a todo tipo de especialistas en las letras afincados en Córdoba o de paso por ella" y que no aceptaba a cualquiera en estas veladas. Para acoger a un nuevo poeta en su círculo literario, Almanzor mismo hacía pasar al candidato una especie de examen –bastante exigente, según las fuentes– que podía consistir en improvisar versos sobre un tema de interés, que generalmente era la descripción de algún objeto existente en la sala donde se hallaran: un mueble, unas flores, unas frutas o bien la descripción de un acontecimiento de cierta relevancia. Podía también pedir que emularan y rebatieran la poesía de algunos de los grandes poetas de Oriente o bien que el candidato participara en un debate que organizaba Almanzor entre el futuro poeta y sus conocidos críticos o detractores. Si el candidato mostraba ingenio, espontaneidad, elocuencia y conocimientos lingüísticos y literarios, pasaba a la nómina de poetas oficiales y cobraba regularmente un estipendo fijado según su excelencia y su nivel de maestría poética. Se encargaba de organizar estas listas Abd Allah b. Maslama, conocido poeta y crítico literario, que decidía también los emolumentos que debía percibir cada poeta.

Quema de libros

Ahora bien, la figura de este amante de las letras queda empañada por su fanática actuación contra la biblioteca del califa al-Hakam II (m. 976), poco tiempo despúes de hacerse con las riendas del poder. El califa muerto, hijo de Abd al-Rahman III y padre de Hisham II, el heredero relegado a la nada por Almanzor, la había heredado de sus antepasados y la enriqueció con numerosas aportaciones de libros raros y manuscritos antiguos. El guerrero ordenó la quema de todos los libros de la biblioteca que no tuviesen relación con la religión; así fueron pasto del fuego obras de Lógica, Astrología y Filosofía, mientras que quedaron a salvo los libros considerados *lícitos*, o sea los de religión y de las ciencias cultivadas tradicionalmente por los árabes: Medicina y Matemáticas. Nunca se supo ni se sabrá a ciencia cierta cuánto fue quemado –mucho, según las fuentes– pero lo cierto es que éstas mismas fuentes justificaron la quema como medida digna de un buen político; como maniobra hábil y un golpe de timón con el que pretendía satisfacer a los ulemas y alfaquíes cordobeses para que, recién encargado de los asuntos

del Estado, le dejaran actuar a sus anchas. Y, de hecho, lo consiguió, pues detentó el control total de al-Andalus hasta su muerte en 1002.

Almanzor, una epopeya árabe

Por su carácter –que Levi-Provençal califica de "verdadero dictador, de ambición sin límites, con una voluntad de hierro y gran habilidad política"– y por su enérgica actuación política y militar, Almanzor se ganó la admiración de su poeta, Ibn Darray, quien le inmortalizó en algunos de los mejores versos escritos en al-Andalus. Pero Almanzor cobró su dimensión épica no sólo debido al talento del poeta sino, sobre todo, gracias a la obra del historiador andalusí del siglo XI Ibn Hayyan, cuyo padre había sido visir y secretario de Almanzor y le había acompañado en sus campañas. El hombre de confianza de Almanzor informó a su hijo de todo lo relacionado con el chambelán amirí y, aunque los libros de Ibn Hayyan no han llegado hasta nosotros, se conocen muchos fragmentos gracias a obras posteriores que lo citaron como fuente de información. Y cuantos historiadores han hecho uso de ellos, desde el siglo XII al XVII, han mostrado a un Almanzor victorioso, brillante, campeón del Islam, fama confirmada por sus propios enemigos cristianos, como se verá a continuación.

Personaje "entre la epopeya y la historia", como escribió C. De la Puente, su propia muerte plantea dudas. Baste resaltar lo dicho sobre su enterramiento-

Miniatura con jinete, del *Comentario al Apocalipsis*, manuscrito mozárabe de 971 (Gerona, Biblioteca de la Catedral).

por una de las fuentes árabes: "(Fue enterrado] bajo el polvo que había recogido durante sus campañas, pues cada vez que salía en expedición, sacudía todas las tardes sus ropas sobre un tapete de cuero e iba reuniendo todo el polvo que caía" (traducción de Luis Molina).

Almanzor tuvo una honda repercusión también entre los cristianos. Muchos son los testimonios que sobre él se hallan en la literatura medieval, e incluso, su nombre perdura, aún hoy, en numerosos topónimos geográficos en tierras castellanas. Su personalidad, su gobierno y las devastadoras campañas que desplegó durante casi veintiséis años fueron glosadas por los cronistas cristianos de la época. Uno de los primeros que se ocupó de él fue, en el siglo X, el obispo Sampiro de Astorga, en cuya crónica minusvaloró las victorias de Almanzor, ya que no fueron debidas, según él, a su valor y a sus méritos, sino a la acción de Dios, que quiso castigar a los cristianos por sus pecados o, más bien, por los cometidos por su rey Vermudo II.

Sin embargo, a lo largo del siglo XII, varios cronistas destacaron otras cualidades de Almanzor. Así, la *Crónica Najerense,* pone de relieve "sus desaforados impulsos carnales". En la *Historia Compostelana* se compara el daño que causó en la iglesia de Santiago con el ocasionado por una plaga, por la devastación producida por sus tropas. Asimismo, en el *Liber Sancti Iacobi*, se le considera un personaje demoníaco, el "mayor de todos los bárbaros y el causante de todos los males". La *Crónica Silense* le arroja al infierno inmediatamente después de su muerte; no obstante, destaca "su grandeza de ánimo y su fortaleza de espíritu". En general, casi todos los cronistas del siglo XII resaltan el terror que causaba en sus incursiones por tierras cristianas.

Ya a comienzos del siglo XIII, cuando Lucas de Tuy hace referencia a la Batalla de Calatañazor, después de la cual murió Almanzor, no duda en afirmar que sólo era un servidor de Satán. Sin embargo, en ese tiempo, el arzobispo de Toledo, Rodrigo Ximénez de Rada, alude a sus grandes dotes de gobernante y le califica como varón valiente, laborioso, prudente e, incluso, llega a considerarle como invencible. Asimismo, la *Primera Crónica General de España* no escatima elogios hacia Almanzor y dice, refiriéndose a él, que "era moro muy esforçado et muy aguçioso et sabio".

Un satán de grandes impulsos carnales o un prudente gobernante, todo lo fue Almanzor, según quién fuera el cronista

Historia y fábula

En torno a él se crearon numerosas leyendas, "como expresión más delicada de la literatura popular en la que se mezcla el acontecimiento histórico con lo fabuloso", a través de las cuales puede apreciarse el sentir que sobre Almanzor fue creándose con el paso del tiempo. De esta forma, la personalidad de este caudillo hizo brotar en torno a él numerosos romances populares, en los que se referían diversos acontecimientos relacionados con su vida, donde se ensalzaba, en cierta medida, su persona. Entre ellos destaca la *Leyenda de los Siete Infantes de Lara o de Salas* donde se pone de relieve el "espíritu caballeresco y bondadoso" de Almanzor en el trato dispensado al noble castellano Gonzalo Gustioz, padre de los siete infantes, a quien su cuñado Ruy Velázquez había enviado a Córdoba, con una carta cuyo contenido él desconocía, en la que se pedía a Almanzor que le diese muerte. Almanzor, que le había recibido con muchos honores, no sólo no cumplió lo que se le pedía, sino que además le albergó y le dio buen trato, ya que "era de natural caballeresco", de manera especial después que supo que Ruy Velázquez había provocado la muerte de los siete hijos de Gonzalo Gustioz. Después de este suceso, Gonzalo Gustioz fue conducido a lujosos aposentos, y, para consolarle, Almanzor le entregó a su propia hermana, quien trató amorosamente al desdichado castellano. De esa relación nació un hijo, Mudarra, después que a Gonzalo Gustioz se le hubiese permitido salir de Córdoba. Pasado el tiempo, este joven, una vez que se hubo enterado de su origen, recibió la media sortija que su padre había dejado antes de partir y que le serviría para identificarse, y acudió a Castilla con caballos, armas y todo lo que hubo menester de lo que el mismo Almanzor le había provisto, y dio muerte a Ruy Velázquez. De esta forma vengaba la muerte de los siete infantes. Lope de Vega tomó como referencia este romance para escribir *El bastardo Mudarra.*

Un carcelero alimenta a un cautivo, en una ilustración de *Consolaciones para entretenimiento de califas*, manuscrito árabe del siglo XIII (El Escorial, Biblioteca del Monasterio).

En otras leyendas se destaca la fuerza militar de Almanzor, como sucede cuando se relatan las campañas que el conde castellano Fernán González emprendió contra los musulmanes, donde se hace referencia a Almanzor y se le considera como "el terrible enemigo de los cristianos".

Condesas con historia

Asimismo, se resalta el poder y el carácter casi mítico de este caudillo en la *Leyenda del conde castellano Garcí Fernández y la condesa traidora.* Argentina, hija de un noble francés, se había casado con Garcí Fernández, pero después de varios años sin tener hijos, la condesa abandonó a su marido y se marchó con un conde francés, quien tenía una hija de su primer matrimonio, llamada Sancha. Garcí Fernández, deseoso de vengarse del conde que se había llevado a su esposa, se introdujo en su palacio disfrazado de mendigo y conoció el mal trato que recibía Sancha, por lo que decidió sacarla de allí y contraer matrimonio con ella. Ya en Castilla, Sancha, a pesar de haber dado a luz a su hijo Sancho, no sentía ningún amor por su marido y enterada de las victorias de Almanzor quiso entregarse a él como esposa. El caudillo musulmán, teniendo noticias de la belleza de Sancha, pidió que se reuniese con él. Para llevar a cabo tal deseo, Sancha urdió el ataque de Almanzor contra su marido, que murió en la lucha. Después, quiso envenenar con la bebida a su hijo Sancho, pero enterado éste gracias a una sirvienta, le cambió la copa y Sancha murió envenenada. Según la leyenda, esto ocurrió "cuando las victorias de Almanzor sobre los cristianos rodeaban a la figura del caudillo moro de un prestigio casi mítico".

La leyenda también se hace eco del amor que Almanzor despertó en una dama castellana. "Un amor funesto" nacido en doña Oña, regente en Castilla de su hijo Sancho García, que se enamoró profundamente de la arrogancia y apostura de Almanzor cuando éste acudió a Burgos para negociar la alianza entre cordobeses y castellanos. Enterado Almanzor del sentimiento de la condesa, trató de sacar el máximo partido de la situación y comenzó, también, a manifestar su cariño a la "enamorada condesa". Doña Oña deseaba tenerlo siempre junto a ella y puso todo su empeño en alcanzar su deseo.

Almanzor vio en este "amor" la posibilidad de unir Castilla al reino cordobés, pero para ello se hacía necesario acabar con Sancho García. Los dos enamorados, a pesar de la repugnacia de doña Oña, planearon envenenarle en la fiesta de su cumpleaños, pero llegado el momento, la condesa fue incapaz de permitir que su hijo bebiera la copa del mortífero veneno y fue ella quien la apuró de una vez. Almanzor, indignado por esta traición y lleno de ira comenzó a insultarla. Don Sancho respetó la hospitalidad que le había dado y le permitió regresar a Córdoba. Poco tiempo después, murió la desgraciada condesa doña Oña.

En otro lugar, y a propósito de un vago presentimiento que tuvo Almanzor mientras dormía en Granada, poco tiempo antes de la Batalla de Calatañazor, se cuenta que se despertó sobresaltado, cosa inaudita en él, pues rara vez se mostraba nervioso, ya que según se decía "ni aún los caballos se atrevían a relinchar en su presencia". Pero este trágico presentimiento que le atormentaba se cumplió poco después, ya que los reyes cristianos habían firmado una alianza y terminaron con su poderío. No obstante, su recuerdo se mantiene vivo en la historia y a través de las leyendas que, de manera especial, se desarrollaron y difundieron en el Romanticismo.

(Las traducciones del árabe, salvo la firmada, son de Soha Abboud).

PARA SABER MÁS

Bariani, L., *Almanzor*, Ed. Nerea, Ondarribia (en prensa)
Simonet, F. J., *Almanzor, una leyenda árabe*, (nueva edición) Madrid, Polifemo, 1986.
Levi-Provençal, E., *España musulmana hasta la caída del califato de Córdoba (711-1031)*, traducción E. García Gómez, tomo IV de "Historia de España" dirigida por R. Menéndez Pidal, Madrid, España-Calpe, 1950, sobre todo pp. 397-457.
Vallvé, J., *El Califato de Córdoba*, Madrid, Mapfre, 1992.
Martínez, V. y Torremocha, A., *Almanzor y su época*, Málaga, Sarriá, 2001.
García de Diego, V., *Leyendas de España.* Madrid, Círculo de Lectores, 1999.
Martín Rodríguez, J. L., *Almanzor desde el otro lado del espejo.* Exposición sobre Almanzor y su época. Algeciras, 2002.
Viguera, M. J., *Imágenes de Almanzor*, en *La Península Ibérica y el Mediterráneo entre los siglos XI y XII*. Aguilar de Campóo. Fundación Santa María la Real, 1999.